



EL ROL DE LAS MASAS POPULARES EN LAS REVOLUCIONES DE INDEPENDENCIA LATINOAMERICANAS

AMERICA LATINA NECESITA HOY UNA SEGUNDA Y DEFINITIVA INDEPENDENCIA

Por Lucía Gueler

“La independencia fue una fuerza poderosa pero finita, que se abatió sobre Hispanoamérica como una gran tormenta, barriendo los vínculos con España y la fábrica del gobierno colonial, pero dejando intactas las profundamente arraigadas bases de la sociedad colonial. Los campesinos mexicanos decían que era el mismo fraile en diversa mula, una revolución política en la cual una clase dominante desplazaba a otra. La independencia política era sólo el principio. La América latina todavía esperaba los cambios en la estructura social y la organización económica sin los cuales su independencia quedaba incompleta y sus necesidades seguían sin satisfacerse.”¹

Invasión y resistencia

Los españoles “crearon” América al invadirla. América no era sino un territorio donde habitaban pueblos muy diversos, desde tribus nómadas, comunidades agrícolas sedentarias hasta grandes Imperios que se habían conformado sobre la base del sometimiento de otras tribus (como el Azteca y el Inca). Es decir que España le dio unidad a este continente a partir de conquistarlo, transformando en el denominador común de toda esa diversidad la opresión colonial, el saqueo de sus riquezas, la destrucción de sus culturas, la expropiación de sus tierras, y el trabajo forzoso de sus habitantes. El genocidio indígena provocado por los conquistadores generó la necesidad de recurrir al tráfico de esclavos negros procedentes de África para complementar la raleada mano de obra indígena. Así, ellos también fueron parte de la masa de explotados y oprimidos por el régimen colonial-feudal-esclavista implantado en América por los conquistadores.

Para ejercer el dominio colonial la monarquía española requirió no sólo de funcionarios peninsulares que actuaran como sus representantes en América (Virreyes, audiencias, ejército, comerciantes monopolistas) y les garantizaran el permanente drenaje de las riquezas americanas, sino de la conformación de una clase explotadora local de españoles y criollos (hijos de españoles nacidos en América) para asegurar el sometimiento de los pueblos originarios.

Hacia fines del siglo XVIII (luego de casi tres siglos de opresión) el Imperio español en América se extendía por cuatro virreinos donde habitaban 17 millones de personas. Unas décadas después, España sólo mantenía sometidas a Cuba y Puerto Rico.

Una de las características principales del proceso que culminó con la independencia de la mayor parte de la América colonial española fue su carácter continental, toda vez que los sufrimientos, necesidades y reclamos (si bien con particularidades regionales) se manifestaban de forma semejante en todos los rincones del Imperio.

La resistencia popular (indígena, mestiza,

negra, etc.) se expresó desde la Conquista misma y no cedió a lo largo de esos tres siglos. Las estrategias fueron múltiples y diversas, individuales y de grupos (por ejemplo, actitudes de “ocio”, “pereza” o negación a trabajar), violentas o pacíficas (como, por ejemplo, se manifiestan en infinidad de querrelas judiciales). Al mismo tiempo, desde los inicios, se recurrió a otras formas colectivas de rebelión: alzamientos indígenas, huelgas de mineros, fugas de esclavos.²

Los alzamientos de poblaciones indígenas fueron una constante durante todo el período colonial. Desde aquellas poblaciones asentadas en las fronteras del Imperio que impidieron por mucho tiempo o por siempre el dominio español (los araucanos en Chile, los pampas en el Río de la Plata, los chichimecas en el sur de México, las tribus chaqueñas, o las guerras calchaquíes en el Noroeste argentino), hasta las grandes rebeliones al interior de los virreinos que desembocarán en los grandes alzamientos de Tupac Amaru y Tupac Catari.

Los reclamos comunes a todas estas rebeliones nos muestran las contradicciones sociales enraizadas profundamente en toda la extensión imperial: el rechazo al pago de tributos, a los despojos de tierras de las comunidades indígenas, a las diversas formas de trabajo forzoso (mita, encomienda, yanaconazgo, peonaje obligatorio, arrendamientos forzosos), al repartimiento forzado de mercaderías, al robo de agua.

Durante el siglo XVIII estas rebeliones se multiplicaron. Por ejemplo, entre 1708 y 1783 Perú experimentó un mínimo de 140 levantamientos, la mayoría indígenas. También en el mundo minero se manifestaba este estado de rebelión, como por ejemplo en México entre 1760 y 1770.

Los mestizos y criollos pobres y no tan pobres fueron protagonistas también de rebeliones y revueltas contra la constante y sofocante presión impositiva, la acción de monopolios comerciales españoles, la exclusión de los cargos de gobierno y de las decisiones políticas y la opresión cultural.

Las fugas masivas de esclavos llegaron a crear zonas liberadas. En Colombia, Perú,

México y Venezuela se formaron palenques –territorios donde encontraron refugio grupos de esclavos fugitivos. Algunos de ellos llegaron a darse formas de autogobierno y se transformaron en un enorme peligro para el orden colonial al convertirse en ejemplos a seguir por las comunidades indígenas.

*“...en América se multiplican los baluartes de los libres, metidos en lo hondo de la selva o en los vericuetos de las montañas, rodeados de arenas movedizas que simulan ser terreno firme y de falsos caminos sembrados de estacas en punta. Allí llegan los venidos de muchas patrias de África, que se han hecho compatriotas de tanto compartir humillaciones.”*³ Por lo tanto, los españoles intentaron eliminar esa amenaza a través de implacables matanzas. La revolución de los esclavos se temía tanto que los criollos (muchos de ellos dueños de esclavos) no se atrevían a abandonar la “protección” que significaba el gobierno imperial. Esta fue, sin duda, una de las razones por las que Cuba se mantuvo bajo el dominio colonial español hasta fines del siglo XIX, junto con el ejemplo cercano de la revolución de los negros en Haití (colonia francesa, primera revolución de independencia en Latinoamérica) decretando tempranamente el fin de la esclavitud.

Este recorrido, que luego desarrollaremos con mayor detalle, es de crucial importancia. Si hay un aspecto fundamental en el que las clases dominantes en Argentina y en casi toda América Latina están de acuerdo es en ocultar y silenciar todas estas formas de resistencia y rebelión populares que fueron preparando el terreno y acumulando fuerzas para el largo proceso revolucionario que se abriría más adelante, debilitando el poder colonial. Efectivamente, este es el elemento central que nos interesa desocultar y reivindicar; es la enseñanza más importante que nos dejó aquella gesta revolucionaria que hoy debemos conmemorar y valorar si de lo que se trata es de organizarnos y luchar por una segunda y definitiva independencia nacional y latinoamericana.

Los sufrimientos, necesidades e intereses de estas masas populares sólo podían ser resueltas derribando el poder colonial.

La independencia era, entonces, un primer paso fundamental para poder avanzar en ese camino.

Un momento oportuno: los inicios de las luchas independentistas.

¿Vacío de poder?

El poder incuestionable del que había gozado España entre los reinos europeos durante todo el siglo XVI y gran parte del XVII, comenzó a ser puesto en cuestión por el avance de nuevas potencias coloniales que se iban afianzando en el continente europeo, particularmente Francia y Gran Bretaña.

El avance de una Inglaterra capitalista que estaba viviendo desde mediados del siglo XVIII un proceso de industrialización acelerado y que avanzaba como potencia colonial y europea, fue debilitando cada vez más el poder de una España rentista, parasitaria, sin desarrollo industrial. La metrópoli no podía abastecer a sus colonias y funcionaba como intermediaria comercial entre la producción industrial y manufacturera europea (inglesa y textil fundamentalmente) y la población americana⁴.

Gran Bretaña dominaba los mares y el contrabando se hacía cada vez más intenso desde diversos puertos americanos cerrados al comercio legal con España. Este tráfico ilegal fue profundizando la conciencia de la población americana (criolla, pero no solamente) de los enormes perjuicios que acarrearía el sistema de monopolio comercial impuesto por la Corona a sus colonias. No sólo porque impedía el comercio por rutas mucho más rápidas y directas, con países que ofrecían productos más baratos y que demandaban productos americanos; sino también porque impedía producir todos aquellos bienes artesanales o agrícolas que compitieran con producciones españolas (por ejemplo, la vid, el olivo, el lino).

De modo que esta situación perjudicaba cada vez más a diversos sectores en América: a comerciantes criollos y europeos que tenían interés en mantener un contacto comercial libre con otros países; a terratenientes que tenían trabada la posibilidad de mayores exportaciones y de obtener mayores beneficios

del comercio con el exterior (era el caso, por ejemplo, de los terratenientes venezolanos con el cacao o el índigo, o los terratenientes rioplatenses con el cuero); a artesanos y campesinos que no podían realizar determinadas producciones.

Intentando dar respuesta a esa competencia y recuperar el poder perdido, una dinastía nueva que asume el trono en España en los comienzos del Siglo XVIII inicia una serie de reformas destinadas a incrementar la situación colonial de América y poner nuevamente bajo su control a las elites americanas de grandes terratenientes y comerciantes que fueron adquiriendo porciones de poder cada vez más inaceptables para la Corona española.

Estas medidas (llamadas “reformas borbónicas”) implicaron el agravamiento y la profundización de todas las contradicciones ya existentes y, paradójicamente para los españoles, dieron a las aristocracias americanas los argumentos para, en algunos casos, comenzar a pensar seriamente en la necesidad de independizarse de España.

Entre ellas, introdujeron nuevos impuestos y aumentaron muchos de los ya existentes; crearon nuevos virreinos –el de Nueva Granada y el del Río de la Plata– y una oleada de españoles llegó a América para hacerse cargo de instituciones viejas y nuevas, invadiendo el espacio político de los criollos, con el objetivo de estrechar la vigilancia y el control sobre territorios más pequeños y con funcionarios leales; presionaron al clero, limitaron sus fueros, expulsaron a los jesuitas (orden de la Iglesia católica cuya soberanía competía con el poder de la Corona); degradaron a los criollos toda vez que los altos cargos en las audiencias (poder judicial en América), el ejército, el tesoro y la Iglesia se concedían ahora casi exclusivamente a peninsulares.

También la Corona intentó limitar el poder de las aristocracias criollas sobre la población indígena, interponiendo su autoridad sobre ella, no para transformar las relaciones sociales de explotación, sino para mejorar su dominio sobre ellas. Por ejemplo, eliminó el sistema del repartimiento forzoso

de mercancías que imponían los corregidores sobre los pueblos de indios. Aunque, en los hechos, estas ordenanzas fueron incumplidas y los indígenas siguieron siendo expoliados por este perverso sistema y el control de la mano de obra se mantuvo en manos de terratenientes y grandes comerciantes, para ellos estas medidas de la Corona eran una señal de alarma y del comienzo o el convencimiento de la necesidad de independizarse para salvaguardar y aún incrementar sus privilegios.

Sobre este proceso operaron también importantes acontecimientos externos a nuestro subcontinente, particularmente la guerra de la independencia norteamericana (de 1776 a 1783), la Revolución Francesa (desde 1789), la revolución de los esclavos negros y mulatos en Haití en 1791 y las rebeliones del pueblo español contra la invasión napoleónica (a partir de 1808). Además de las contradicciones entre las grandes potencias coloniales de esa época, sobre todo entre Inglaterra y España y entre Inglaterra y Francia después. El siglo XVIII fue protagonista de constantes guerras entre ellas.

Para terminar de agravar esta situación, en 1808 Napoleón Bonaparte (emperador francés en plena expansión por toda Europa) invadió España y puso prisionero a su rey, Fernando VII. En 1810 los franceses lograron derrotar todos los focos de resistencia española a la dominación extranjera.

Esta situación *fue aprovechada* por todos aquellos que, en América, estaban interesados en quitarse de encima la dominación colonial, y dieron inicio a los estallidos revolucionarios y a la formación de Juntas de gobierno que rechazaron y desconocieron la autoridad de los virreyes y que, con la prisión del rey español, implicaban claramente proclamas independentistas (aunque muchos utilizaron la “máscara de Fernando VII”, es decir proclamaban su autoridad en nombre del rey preso): el 19 de abril en Caracas, el 25 de mayo en Buenos Aires, el 20 de julio en Bogotá y el 18 de septiembre en Santiago.

Algunas de aquellas proclamas fueron *claramente revolucionarias* y denunciaban las causas más profundas que originaron el grito de libertad, como la proclama de los revolu-

cionarios de La Paz, en 1809 dirigidos por Pedro Murillo:

“Compatriotas: Hasta aquí hemos tolerado una especie de destierro en el seno mismo de nuestra patria; hemos visto con indiferencia por más de tres siglos sometida nuestra primitiva libertad al despotismo y tiranía de un usurpador injusto que, degradándonos de la especie humana, nos ha mirado como a esclavos; hemos guardando un silencio bastante parecido a la estupidez que se nos atribuye por el inculto español, sufriendo con tranquilidad que el mérito de los americanos haya sido siempre un presagio de humillación y ruina. Ya es tiempo, pues, de sacudir yugo tan funesto a nuestra felicidad, como favorable al orgullo nacional español. Ya es tiempo, en fin de levantar el estandarte de la libertad en estas desgraciadas colonias, adquiridas sin el menor título y conservadas con la mayor injusticia y tiranía. Valerosos habitantes de La Paz y de todo el Imperio del Perú, revelad vuestros proyectos para la ejecución; aprovechad de las circunstancias en que estamos; no miréis con desdén la felicidad de nuestro suelo, ni perdáis jamás de vista la unión que debe reinar en todos, para ser en adelante tan felices como desgraciados hasta el presente. En la ciudad de Nuestra Señora de La Paz, a los 27 días del mes de julio de 1809”.

Dice la tradición que Pedro Domingo Murillo, antes de su ejecución en la horca, habría pronunciado las siguientes palabras: *“Compatriotas, yo muero, pero la tea que dejo encendida nadie la podrá apagar, ¡viva la libertad!”.*

Los inicios de la guerra revolucionaria sacaron a la superficie las profundas contradicciones sociales provocadas por siglos de opresión colonialista y estuvieron ligados, entonces, a un momento histórico particular de enorme debilidad de la metrópoli colonialista.

Entonces, es necesario *distinguir las causas profundas* de las revoluciones de independencia, la voluntad de conquistarla, *del momento propicio* en el cual ellas se iniciaron. Por el contrario, desde diversos sectores académicos, políticos y sociales se pretende confundir respecto de esta cuestión y ocultar los anhelos in-

dependentistas y las expresiones populares de rebeldía y resistencia, vaciando de contenido estas revoluciones y planteando que simplemente se trató de un vacío legal que algunos dirigentes se vieron *obligados* a llenar. Por ejemplo, el portal oficial creado en ocasión de cumplirse los 200 años de la Revolución de Mayo, en el sector “Historia: 200 sucesos históricos” nos plantea que este fue el “suceso” del 25 de mayo de 1810: *“Revolución de Mayo*. La abdicación de Carlos IV y su hijo Fernando VII dejó vacante el trono español por lo que los virreinos podían tomar decisiones por sí solos. En Buenos Aires, se declaró al Cabildo como órgano representante de la voluntad popular y depositario de la soberanía y se conforma la Primera Junta de gobierno. Así comienza el proceso independentista de la Nación Argentina.”. También lo plantea de esta manera el historiador oficial de Clarín Luis Alberto Romero: “En mayo de 1810 no hubo una revolución en el sentido intencional y subjetivo del término: los hombres de Mayo no tenían en ese momento la menor idea de que estaban haciendo una revolución. En Buenos Aires, como en todas las capitales virreinales, se sintió el efecto del desmoronamiento del imperio hispánico, y lo que hubo fue un poder vacante, llenado como se pudo...”⁵

¿Luchas, resistencia, revoluciones, insurrecciones populares? Nada de eso, simplemente “vacío legal” que *debía* ser llenado (sic!).

En 1815 Napoleón es derrotado por una alianza entre Gran Bretaña y otros imperios europeos. Así, Fernando VII (preso desde 1808) vuelve a ocupar el trono español. La contraofensiva española en América no se hace esperar.

La situación de debilidad en la que se encontraba España y su Imperio (con diversos territorios ya independizados) no le impidió a Fernando VII reorganizar su ejército e iniciar una guerra feroz con niveles inéditos de crueldad contra la población americana para reconquistar su viejo imperio.

El único territorio que se mantuvo libre fueron los actuales territorios de Argentina, el Paraguay del Dr. Francia y el Uruguay artiguista. Las condiciones antes favorables

para los inicios de los levantamientos independentistas, ahora habían cambiado de signo. Sin embargo, como son los hombres los que hacen la historia, son ellos también los que pueden y pudieron en aquel momento transformar aquellas condiciones desfavorables. No bajar los brazos en la lucha contra las injusticias aún en los momentos que las circunstancias parecen muy desfavorables. El ejemplo de San Martín, Belgrano, Artigas y el Dr. Francia, como líderes de esa voluntad popular que no se dejó ganar por “las circunstancias” es lo que debemos reivindicar y recordar. Montevideo, un líder revolucionario del Río de la Plata, compañero de San Martín, lo expresó de esta manera “*Oh, circunstancias!! Cuándo dejaréis de ser el pretexto para tantos males!!!*” En plena contraofensiva española, a instancias de San Martín y Belgrano, el Congreso reunido en Tucumán en 1816, declaró el 9 de julio la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata de España y de toda otra dominación extranjera⁶.

El frente revolucionario en América: protagonismo popular y hegemonía conservadora.

El frente independentista era heterogéneo y, por lo tanto, estaba surcado por mutuas desconfianzas e intereses contradictorios.

La **nobleza americana** que se había conformado con los descendientes de los viejos conquistadores: eran los grandes hacendados, comerciantes, mineros, algunos españoles y la mayoría criollos. Sus tierras, sus riquezas, sus privilegios eran fruto de la dominación colonial, pero, al mismo tiempo, ella misma les impedía aumentarlos y consolidarlos. Tenían con las clases dominantes españolas una relación contradictoria. La decadencia y parasitismo español hacía que ésta no pudiera ofrecer muchos productos a sus colonias, ni tampoco absorber sus producciones como materia prima para una industria prácticamente inexistente⁷. El sistema de monopolio comercial por el cual América sólo podía comerciar con España generaba en estas clases explotadoras locales un descontento que iba en ascenso en tanto las fortunas que podrían

quedar en sus manos iban a parar en una proporción muy alta a manos de los comerciantes monopolistas españoles.

También los vientos revolucionarios externos y las ideologías liberales que traían consigo, influían en estos sectores.

Al mismo tiempo, fue muy común que la Corona española, muy preocupada por frenar el crecimiento del poder de estos sectores, tomara medidas que los perjudicaban, por ejemplo, acotándoles el maltrato y opresión a la que tenían sometidas a las masas indígenas y mestizas. Esto fue cada vez más frecuente con el ascenso de los Borbones al trono español durante el siglo XVIII.

En todos los casos, entonces, no tenían ningún interés en destruir una estructura económica y social de la cual eran beneficiarios, aunque sí en deshacerse de todas las trabas y obstáculos que la dominación colonial les imponía en el ascenso de su riqueza y poder. La invasión napoleónica a España convenció a gran parte de las aristocracias americanas de la necesidad de conseguir la independencia como condición para asegurarse el control del poder político a su favor y poder así perpetuar sus privilegios.

Al mismo tiempo, este objetivo podía naufragar en el caso de que las masas trabajadoras lograran un protagonismo en las luchas por la independencia tal que les permitiera barrer no sólo con la montaña de la dominación colonial, sino también con la feudalidad y el sometimiento del campesinado a diversas formas de trabajo forzoso y a unas vidas miserables.

Por eso, John Lynch plantea que

“Los criollos perdieron la confianza en el gobierno español y empezaron a poner en duda la voluntad de España de defenderlos. Se les planteó el dilema con urgencia, posicionados como estaban entre el gobierno colonial y la masa de la gente. El gobierno hacía poco que había reducido su influencia política mientras las clases populares estaban amenazando su hegemonía social. En estas circunstancias, cuando la monarquía se derrumbó en 1808, los criollos no podían permitir que el vacío político se mantuviera así y que sus vidas y sus bienes quedaran sin

protección. Tenían que actuar rápidamente para anticiparse a la rebelión popular, convencidos de que si ellos no se aprovechaban de la situación, lo harían otros sectores sociales más peligrosos"⁸.

De modo que las ansias y expectativas (tierra, libertad, igualdad, dignidad) de las masas trabajadoras de estas tierras (indígenas, mestizos, negros, zambos, mulatos e incluso criollos pobres) se encontrarían más temprano que tarde con la valla infranqueable de este puñado de grandes terratenientes y comerciantes que pretendían mantener y, aún incrementar sus privilegios a costa del régimen feudal predominante impuesto por la España conquistadora.

De este modo, el protagonismo popular en las luchas de liberación fue siempre temido por estos sectores que, en muchos casos, no dudaron en aliarse a los españoles para evitar la amenaza que significaba el alzamiento de "la plebe". El miedo a las masas fue común a la aristocracia de criollos y españoles.

Fue también muy importante, la participación en este frente revolucionario de una intelectualidad patriota y revolucionaria (la mayoría de ellos criollos) influídos por las ideas de la burguesía revolucionaria europea de la época (particularmente la francesa): libertad, igualdad, fraternidad. Estos sectores, en mayor o menor medida, fueron incorporando algunos de los reclamos populares en los proyectos independentistas, toda vez que medidas tales como el reparto de tierras eran fundamentales para el desarrollo productivo y social que anhelaban.

Allí donde aquellas aristocracias habían liderado las primeras revoluciones de independencia sin incorporar entre sus medidas aquellas tanto tiempo reclamadas por las masas explotadas, generaron sentimientos de enorme apatía y desconfianza popular por estos procesos de independencia. Los ejércitos españoles los supieron aprovechar hábilmente para llevar adelante la reconquista de esos territorios logrando, en algunos casos, el apoyo de esas masas (como los llaneros venezolanos apoyando al jefe español Boves en el aplastamiento de la Segunda República de Venezuela), y dando rienda suelta a una polí-

tica contrarrevolucionaria con un grado de crueldad inimaginables.

Sin embargo, y al mismo tiempo, estas acciones también se volvieron contraproducentes y, en muchos casos, empujaron a sectores patriotas (muchos de ellos provenientes de familias privilegiadas) a comprender la necesidad de incorporar en los frentes independentistas a las masas campesinas y trabajadoras en general.

Así conformados los frentes antiespañoles por clases sociales con intereses y proyectos distintos y, en determinado momento, contradictorios, entre 1810 y 1824 la mayor parte de la América española conquistó su independencia política.

Las revoluciones de independencia destruyeron la dominación colonial a través de una guerra que fue prolongada y violenta. De otra manera no hubiera sido posible esa gran conquista. Fue un proceso signado por revoluciones y contrarrevoluciones; insurrecciones triunfantes y contraofensivas españolas tenebrosas. Fue una guerra que duró 14 años, desde 1810 hasta 1824, año en el que el Ejército español fue derrotado definitivamente.

¿Y, por qué, entonces, si aquellos pueblos conquistaron a comienzos del siglo XIX la independencia, hoy estamos planteando nuevamente la necesidad de una "Segunda y Definitiva Independencia"?

Si bien el elemento unificador del frente antiespañol así conformado era la conquista de la independencia, las contradicciones sociales, las necesidades, los intereses, las ideas y los proyectos que impulsaron esas luchas no fueron homogéneos. Los resultados de ese proceso tampoco lo fueron. Pero, sí podemos decir que todas ellas culminaron (algunas más tarde y otras más temprano) -además de la derrota del Imperio español-, con el triunfo y la hegemonía de una clase terrateniente criolla y un sector de grandes comerciantes ligados al comercio exterior con las potencias europeas.

El logro de la **INDEPENDENCIA era el paso previo y decisivo para poder avanzar en la resolución** de aquellas reivindicaciones y necesidades populares, toda vez que el principal sostén de la opresión y explotación de la que

eran víctimas las masas era el régimen de dominación colonial español. El camino revolucionario que permitió esa conquista es la principal enseñanza de aquel proceso.

Pero, desde el punto de vista popular, el siguiente paso, es decir la transformación de las estructuras económicas y sociales, y no sólo la destrucción del Estado español, implicaría rápidamente la ruptura del frente único independentista. **La perspectiva aristocrática pudo hegemonizar** ese proceso, evitando y aplastando, retrasando o impidiendo todas aquellas medidas que pusieran en peligro su, ahora sí, posición dominante.

Este tema es de fundamental importancia para comprender qué es lo que debemos festejar este bicentenario, qué es lo que debemos recordar, qué enseñanzas y qué cuestiones pendientes nos dejó para la tarea de liberación nacional y social que seguimos teniendo por delante.

Las revoluciones: un proceso continental. El rol de las masas populares.

Como ya dijimos, el proceso revolucionario tuvo un carácter *continental*. Haremos una recorrida por algunos de estos procesos para ver con mayor claridad cuáles fueron los proyectos políticos, económicos y sociales puestos en juego, el rol de las masas populares en el mismo y el resultado final: la génesis de las nacionalidades, el sentimiento americano, popular, en un proceso en el que, desde aquel momento, quedaron pendientes viejos problemas por resolver, a los cuales debemos agregar los nuevos surgidos de las más recientes formas de dominación extranjera desde fines del siglo XIX, en la actual época del imperialismo, y de la conformación de nuevas realidades sociales, particularmente el nacimiento y consolidación de la clase obrera latinoamericana.

En el marco del contexto histórico descripto, todos los movimientos de resistencia popular aumentaron en frecuencia durante el siglo XVIII, sacando a la superficie sufrimientos sociales y raciales hondamente enraizados.

En *Perú* se generalizaron las acciones de protesta de los llamados “bandidos”, fugitivos

que procedían de los sectores populares, de los negros, mulatos, zambos, mestizos y blancos pobres y actuaban en los alrededores de Lima (capital del Virreinato del Perú). Muchos de ellos luego fueron patriotas durante la revolución.

Hacia fines del siglo XVIII se desarrollarán aquí y en el Alto Perú (actual Bolivia) las rebeliones esencialmente indígenas lideradas por Tupac Amaru y Tupac Catari.

Esas masas sufrían una presión impositiva insoportable, la acción desenfadada de los corregidores (autoridades locales) obligándolos a adquirir productos innecesarios y carísimos. A esta situación hay que agregar el genocidio y desestructuración de las comunidades indígenas provocados por la mita minera (sistema de trabajo obligatorio y rotativo en las minas del Potosí donde morían 7 de cada 10 indígenas por las condiciones inhumanas de trabajo), y el trabajo forzoso en los obrajes (talleres de manufacturas).

En 1780 Tupac Amaru lideró la gigantesca insurrección indígena, mestiza y popular que por varios meses “conmovió los cimientos más profundos del régimen colonial y fue uno de los jalones más importantes en el camino hacia la independencia de Hispanoamérica.”⁹. Convocó también a los criollos a sumarse a la rebelión “habiendo todos padecido la opresión y la tiranía de los europeos”. Los ricos criollos pronto hicieron causa común con los españoles. El triunfo de esta insurrección hubiera liquidado rápidamente la estructura económica de la cual ellos eran beneficiarios y por lo tanto aumentó su conservadurismo social. La represión fue cruel.

En su proclama independentista, Tupac Amaru desnuda el sistema de opresión al que estaban sometidas las masas campesinas y convierte a su movimiento en el primer grito popular por la libertad y la independencia:

“que los Reyes de Castilla me han tenido usurpada la Corona y dominio de mis gentes, cerca de tres siglos, pensionándome los vasallos con insoportables gabelas, tributos, piezas, lanzas, aduanas, alcabalas, estancos, catastros, diezmos, quintos, virreyes, audiencias, corregidores, y demás ministros; todos iguales en la tiranía, vendiendo la jus-

ticia en almoneda con los escribanos de esta fe, a quienes más puja y a quienes más da, entrando en estos empleos eclesiásticos y seculares, sin temor de Dios; estropeando como bestias a los naturales del reino; quitando las vidas a todos los que no supieron robar, todo digno del más severo reparo.”

Bando Independentista de Tupac Amaru (1781) hallado en su poder al momento de su captura.

Tomás Katari era un curaca aimara de Chayanta (Potosí), la región minera foco de la peor explotación indígena que lideró una insurrección popular en simultáneo con la rebelión liderada por Tupac Amaru. Luego de extender la rebelión por todo el Alto Perú fue finalmente apresado y asesinado por las tropas españolas.

La insurrección liderada por Tupac Catari mantuvo bajo asedio la ciudad de La Paz con un rechazo radical al orden colonial.

Como parte del levantamiento, Túpac Katari formó un ejército de 40.000 hombres y cercó a la ciudad de Chuquiago (actualmente La Paz), dos veces en 1781.

Este levantamiento indígena de finales del siglo XVIII fue el más extenso geográficamente y con más apoyo. Tomó dos años a los virreynatos afectados sofocarlo.

La reacción española muestra hasta qué punto eran conscientes del peligro que estas rebeliones supusieron para la continuidad de su dominación colonial. Tupac Catari fue sometido a tortura y ejecutado atando a sus extremidades cuatro caballos para que tiraran de ellas de manera similar a Túpac Amaru. Sus partes descuartizadas fueron mostradas por todo el territorio insurrecto en señal de escarmiento, suponiendo terminar de esa manera con la rebeldía indígena.

En 1814 el Cuzco vivió una nueva rebelión, en este caso con una efímera unidad entre criollos, mestizos e indígenas (liderados por Pumacahua), pero fueron derrotados por los españoles y los dirigentes rebeldes fueron ejecutados. Muchos criollos temían la rebelión indígena por lo que se unieron con los peninsulares para enfrentar la amenaza que ella constituía.

La aristocracia peruana temió desde el inicio los peligros que conllevaría para sus poderes y privilegios el logro de la independencia con semejante grado de protagonismo indígena y popular. Es, por eso, uno de los más claros ejemplos del proyecto, los motivos y los límites de esa clase social respecto a la independencia americana. Fue precisamente aquí donde los españoles lograron mantener su dominación hasta el final (1824); fue el último bastión español en ser derrotado (a excepción de Cuba y Puerto Rico como ya dijimos). La opresión que dicha aristocracia mantuvo sobre los indígenas aún luego de la independencia “revela los lazos que unen a la América insurgente con la emancipada”.¹⁰

En el **Virreinato de Nueva Granada** (actuales Colombia y parte de Ecuador) las rebeliones indígenas, de esclavos y de las masas pobres en general comenzaron a generalizarse tempranamente.

En Quito se produjo una insurrección urbana en 1765 con un alto grado de violencia contra las autoridades españolas por aquella creciente e incesante presión impositiva.

En 1781 hubo una sublevación que comenzó en la ciudad de Socorro y llegó a la capital del Virreinato, Bogotá, luego de levantar en rebelión a los pueblos por los que iba pasando- de criollos con una imponente participación indígena y mestiza (animados por el ejemplo del levantamiento dirigido por Tupac Amaru y enfurecidos por la invasión de sus tierras comunales). Los rebeldes se negaron a pagar impuestos, expulsaron a las autoridades españolas y eligieron líderes. Esta participación popular atemorizó a los criollos, quienes terminaron abandonando la lucha y facilitando la feroz represión imperial posterior. El resultado de estas sublevaciones fue una contraofensiva española de una crueldad inimaginable contra los líderes y el pueblo en general.

Entre 1750 y 1790 las rebeliones de esclavos fueron constantes casi alcanzando las proporciones de una guerra civil en Nueva Granada. Aquí, se formaron los palenques que constituían enclaves de independencia dentro de la colonia. Ya para 1800 las rebelio-

nes de esclavos y las dificultades para los terratenientes por contar con la mano de obra necesaria, los llevó a aumentar su preocupación por “la ley y el orden” toda vez que el gobierno imperial no era una garantía en ese sentido; se quejaban de las deserciones y acusaban a las autoridades de indiferencia.

En 1809 se inicia, entonces, el movimiento de independencia en Quito liderado por la aristocracia criolla. No fue un movimiento popular. La respuesta española no se hizo esperar: una represión que pronunció 46 condenas a muerte y aplastó con cargas y sanciones a los pueblos y barrios populares. Entonces en 1810 estalló una segunda revolución, esta vez con mayor participación popular; aunque también fue derrotada.

Recién en 1819, bajo el liderazgo de Bolívar, se constituirá la República de Colombia independiente, que en un comienzo unificó las regiones de las actuales Venezuela, Colombia y Ecuador. La hegemonía aristocrática en este proceso revolucionario dejó de un lado a una oligarquía de propietarios rurales y de otro a las masas populares (campesinos, artesanos, mineros) cuyos reclamos siguen todavía hoy vigentes.

En **Venezuela** el peso de los esclavos negros y sus descendientes “pardos” (mulatos y zambos) era muy superior a otras regiones de América. Del sometimiento de esas masas dependían los privilegios de la aristocracia venezolana. En 1795 se inició una revuelta de pardos y negros que convulsionó la ciudad de Coro, centro de la industria azucarera. La revuelta fue dirigida por José Leonardo Chirino y José Caridad González, negros libres influidos por las ideas de la revolución francesa y las rebeliones de los esclavos de Santo Domingo. Proclamaron “la ley de los franceses, la república, la libertad de los esclavos y la supresión de los impuestos como las alcabalas. Ocuparon haciendas y saquearon las propiedades ocupando la ciudad completa. La rebelión fue finalmente aplastada y sus seguidores fueron fusilados. Dos años después se producía otro levantamiento por la “libertad y la igualdad” en la ciudad de La Guaira. El programa incluía la libertad de comercio, la abolición de la alcabala y otros impuestos, la

abolición de la esclavitud y el tributo indio, y la distribución de la tierra a los indios, predicando la “unidad entre blancos, indios y gentes de color”. Muchos de los terratenientes criollos se volcaron entonces a la colaboración con las autoridades para aplastarlos.

En los inicios del siglo XIX los terratenientes venezolanos estaban cada vez más disconformes con el monopolio comercial español y se veían perjudicados por las guerras europeas en las que estaba metida España. Los altos costos de los productos manufacturados que de allí procedían y las dificultades por vender sus productos en esos mercados, los fueron convenciendo de la necesidad de independizarse. La Junta de Gobierno que imponen los revolucionarios criollos en 1810 representaba intereses diversos. Los sectores conservadores sólo pretendían resolver aquellas trabas planteadas por el monopolio comercial. Pero existía también otro sector de criollos, acaudillados por Miranda y luego por Bolívar, que pretendían el logro de otros objetivos como la libertad y la igualdad. El “desorden” crecía en las plantaciones esclavistas. Sin embargo, entre las medidas de esa primera república venezolana no se encontraba la abolición de la esclavitud, y los pardos sólo lograban ciertas mejoras jurídicas, aunque su situación social seguía inmodificada. Este hecho fue aprovechado por los españoles quienes provocaron y apoyaron levantamientos populares contra este nuevo gobierno criollo. Así, lograron recuperar el poder perdido.

Para pardos y esclavos fue claro inmediatamente que nada bueno les esperaba con el dominio colonial, de modo que continuaron con sus acciones guerrilleras. Los aristócratas venezolanos daban por terminada la revolución, pero otros continuaban la lucha: los pescadores y marineros negros y mulatos de la isla Margarita y la costa de Cumaná. En 1814 hubo una segunda experiencia independiente que fue derrotada en 1816 por el ejército español enviado por Fernando VII, quien planificó la reconquista de América una vez vuelto al trono español y vencido el ejército de Napoleón¹¹.

Bolívar se refugia en Haití. El Presidente

de esa república negra, Petión, le dio una ayuda importante a cambio tan sólo de la promesa de que el libertador dejaría en libertad a los esclavos en Venezuela.

En ese marco, Bolívar comprende la necesidad de fusionar las rebeliones de los criollos, de los pardos y de los esclavos, y se pone al frente de la lucha revolucionaria que concluye con la independencia definitiva de Venezuela en 1821. Sin embargo, y aún cuando la aristocracia colonial se redujo en número y en importancia, se fue conformando una nueva oligarquía conformada por caudillos de la guerra de independencia que adquirieron enormes propiedades. A pesar de las impotentes quejas de Bolívar, la estructura social no se modificó sustancialmente y el problema de la esclavitud se mantuvo hasta su definitiva abolición recién en 1854. Las rebeliones de esclavos continuaron y las protestas de los negros libres y los pardos también.

México, es otro claro ejemplo del “terror” que la aristocracia criolla tenía al levantamiento popular y al rumbo que el mismo pudiera darle al proceso independentista. Los terratenientes se convirtieron en defensores de la dominación imperial.

Luego de que en 1808 el Cabildo de México intentara una efímera declaración independentista y los españoles aplicaran una fuerte política represiva para impedirla, en 1810 un cura rural a la cabeza de una insurrección indígena y popular (peones rurales y trabajadores mineros en su mayoría), Hidalgo, lanzó el “Grito de Dolores” en la región del Bajío mexicano. Millares de campesinos armados con arcos, flechas, lanzas y machetes a quienes se agregaron mineros y otros trabajadores urbanos, respondían a su llamamiento: “*¿habéis hasta ahora disfrutado por una sola vez los placeres del campo sin la zozobra de esperar al que viene a cobraros las rentas de las tierras que trabajáis?*” “*La libertad política de que os hablamos, es aquella que consiste en que cada individuo sea el único dueño del trabajo de sus manos y el que deba lograr lo que lícitamente adquiere para asistir a las necesidades temporales de su casa y familia; la misma que hace que sus bienes estén seguros de las rapaces manos de los*

déspotas, que hasta ahora os han oprimido esquilmandoos hasta la misma substancia con gravámenes, usuras y gabelas continuadas.” Proclama de 1810.

Pocos criollos se sumaron. A medida que la rebelión avanzaba fueron decretando la abolición del tributo indio y la esclavitud, el aprisionamiento de europeos y el secuestro de sus propiedades y la reforma agraria, devolviendo tierras a las comunidades indígenas.

Los ricos y privilegiados criollos se convirtieron en partidarios del gobierno colonial. En 1811 el ejército realista de México los capturó y ejecutó.

Sin embargo, otro cura rural, hijo de una familia de mestizos pobres, Morelos, conoció a Hidalgo, le ofreció sus servicios y fue enviado a llevar la revolución a Acapulco y Oaxaca. Desde 1813 a 1815 fue liberando esas regiones y decretó la confiscación y redistribución de las propiedades de los ricos, pero buscó el apoyo de los criollos prometiéndoles a quienes se le unieran respetar sus propiedades y sus altos cargos civiles y militares. Ellos no querían la independencia en los términos que planteaba Morelos. El ejército conformado por las autoridades españolas para aplastar esta revolución estuvo conformado esencialmente por criollos. Morelos es también capturado y fusilado.

Desde 1815 a 1824 la aristocracia criolla y la Iglesia se convirtieron en los adalides del mantenimiento del control social y los valores coloniales. La independencia llegará recién cuando una revolución liberal y antiaristocrática en la propia España (en 1820) ponga en peligro su dominación social. Esa revolución podía llegar a implicar reformas en los territorios americanos, aún bajo poder español, que pusieran en cuestión la hegemonía social de la aristocracia mexicana.

En el **Río de la Plata**, el primer movimiento hacia la independencia se produjo en una provincia del Alto Perú (integrante ya para esa época del Virreinato del Río de la Plata). En Chuquisaca, la capital de esa provincia productora de plata por excelencia, un levantamiento dirigido por criollos, muchos de ellos estudiantes de la Universidad de Charcas, y con un importante apoyo popular, des-

tituyeron al gobernador y formaron una junta de gobierno en mayo de 1809. Y, dos meses después, la ciudad de La Paz fue protagonista de una insurrección popular, en la que la participación mayoritaria correspondió a los mestizos. Depusieron al intendente y al obispo y formaron una junta de gobierno bajo la presidencia de un soldado mestizo, Pedro Murillo. En el Plan de Gobierno decían “*Ya es tiempo de levantar el estandarte de la libertad en estas desgraciadas colonias*”, criticaban el monopolio comercial español y reivindicaban los derechos de los indígenas convocando a un congreso representativo de los derechos del pueblo donde ellos estarían representados. La negativa de la mayoría de los criollos a unir sus fuerzas con los sectores populares mestizos e indígenas permitió a las autoridades virreinales aplastar la rebelión e imponer un estado de terror en toda la provincia. Algunos sectores criollos, como en otras experiencias, prefirieron el dominio español a la revolución popular. Algunos meses después ese clamor popular volverá a hacerse sentir en las *guerrillas* que se armaron en cada valle, cada montaña y cada aldea, conformadas por criollos, mestizos e indígenas a lo largo de la frontera del Alto Perú, para impedir la contraofensiva y el avance de los ejércitos españoles contra las zonas ya liberadas del Virreinato del Río de La Plata desde la Revolución de Mayo de 1810. Juana Azurduy fue una de las líderes más importantes de estas guerrillas populares que aún con el abandono de los sectores aristocráticos dominantes de la Buenos Aires ya independiente demostraron su valentía y su decisión inquebrantable de continuar la lucha hasta derrotar al enemigo español. También las guerras gauchas lideradas por Guemes, con milicias campesinas, mal equipadas pero muy populares, le hicieron la vida imposible al ejército español en esa región.

La feroz represión ejercida por las autoridades virreinales, contra los líderes y el pueblo altoperuano que protagonizó las insurrecciones de Chuquisaca y La Paz, como “castigo ejemplar”, no amedrentó sino que, por el contrario, obligó a quienes estaban ya convencidos a lanzarse a la lucha indepen-

dentista en el Río de la Plata a preparar mejor las futuras acciones revolucionarias. Más aún, los ejecutados de 1809 mostraban cuál podía ser su destino en caso de fracasar y, aún así, muchos líderes patriotas continuaron con sus proyectos de liberación demostrando su valentía y su voluntad independentista.

Buenos Aires¹² fue un claro ejemplo de los proyectos puestos en juego una vez echado el virrey de Buenos Aires y conformada la Primera Junta. Por un lado, el proyecto encabezado por Mariano Moreno, Juan José Castelli y Manuel Belgrano (entre otros) que mostraba la existencia de una embrionaria y débil burguesía revolucionaria. Ellos incorporaron en sus programas del futuro gobierno independiente algunos de los reclamos de las masas campesinas respecto al reparto de tierras, a la eliminación del tributo indígena, a su libertad y al otorgamiento de derecho. Al mismo tiempo, reivindicaban claramente la necesidad de una diversificación productiva, agrícola y manufacturera, contra los intereses de los terratenientes ganaderos.¹³

El empalme de esta corriente con las masas campesinas y populares, sobre todo en el norte, se encontró con muchas dificultades. La derrota del camino de un levantamiento masivo indígena, campesino y popular, impidió que las expediciones libertadoras enviadas desde Buenos Aires pudieran derrotar a los españoles en el Alto Perú. Fue así, en ese contexto y con esa relación de fuerzas, que San Martín da por perdida la vía altoperuana para llegar a Perú, iniciando el camino de los Andes y el Océano Pacífico. Los límites de clase de este sector patriota respecto de la profundidad de las transformaciones a llevar a cabo, sumados a los prejuicios raciales producto de siglos de opresión colonial, colaboraron en estas dificultades, toda vez que la experiencia de esas masas y sus temores a ser usados por las elites terratenientes inhibieron su confianza hacia esas expediciones.

Finalmente, en Buenos Aires y en las Provincias Unidas del Río de la Plata, esta corriente democrática no pudo hegemonizar el rumbo posterior al logro de la independencia; fue derrotada. De modo que, en esta región, fue la corriente conservadora represen-

tante de los intereses de los grandes terratenientes y comerciantes portuarios la que pudo imprimirle su sello al proceso abierto en mayo. Triunfó el librecambio, el exclusivismo ganadero, el empobrecimiento de la mayoría de las provincias, la hegemonía porteña. Y, frente a las propuestas (aunque tibias) de cierto reparto de tierras al campesinado, *“la solución terrateniente para el caos revolucionario, para la ‘anarquía’, fue la de los códigos y reglamentos rurales dictados para restaurar lo trastornado, para consolidar el orden social feudal. La de los cepos y castigos corporales, o sea fue centralmente una solución policial contra los supuestos vagos, malhechores y ocupantes ilegales (pobres) de terrenos; en suma, para garantizar el peonaje obligatorio del poverío de las campañas y la subordinación campesina.”*¹⁴

El ejemplo del **Paraguay** es insistentemente ocultado por muchos historiadores y por las clases dominantes latinoamericanas. ¿Por qué? Por una sencilla razón: demostró que otro proyecto era posible en aquel contexto histórico, la única nación de América Latina que pudo lograr un desarrollo autónomo, sostenido y diversificado. El líder de aquel proceso, el Dr. Francia, se apoyó en las masas campesinas y de artesanos para aplastar a la oligarquía paraguaya e iniciar una etapa de progreso social y un desarrollo productivo independiente. Los resultados de este proceso fueron: el debilitamiento de las bases de poder de los grandes terratenientes a partir de la expropiación de sus tierras, leyes contra las grandes propiedades y privilegios de la Iglesia católica, promoción de las artesanías y producciones nacionales con aranceles proteccionistas, diversificación de la agricultura, urbanización de la capital demoliendo casas de los latifundistas y edificando viviendas para los humildes, cierta mejora en las condiciones de vida de los guaraníes, enseñanza obligatoria hasta los 14 años, reducción de impuestos.¹⁵

Cuando en 1865 -ya con Francisco Solano López como presidente-, los intereses comerciales ingleses en alianza con las clases dominantes de Argentina, Uruguay y Brasil, lo invadieron para destruir su ejemplo, “Paraguay

contaba con una línea de telégrafos, un ferrocarril y una buena cantidad de fábricas de materiales de construcción, tejidos, lienzos, ponchos, papel y tinta, loza y pólvora... La siderurgia nacional, como todas las demás actividades económicas esenciales, estaba en manos del Estado. El país contaba con una flota mercante nacional... El país no debía ni un centavo al exterior...”¹⁶.

El camino seguido por los sectores dominantes porteños, no predominó al comienzo en la **Banda Oriental** (actual Uruguay). La experiencia liderada por Artigas constituyó el primer ejemplo de reforma agraria de América Latina. Dirigiendo a un ejército de paisanos pobres, gauchos, indios y esclavos, promulgó el *Reglamento provisorio para el fomento de la campaña y seguridad de sus hacendados (1815)*

“...Art. 6°. Por ahora el señor alcalde provincial y demás subalternos se dedicarán a fomentar con brazos útiles la población de la campaña. Para ello revisará cada uno, en sus respectivas jurisdicciones, los terrenos disponibles; y los sujetos dignos de esta gracia con prevención que los más infelices serán los más privilegiados. En consecuencia, los negros libres, los zambos de esta clase, los indios y los criollos pobres, todos podrán ser agraciados con suertes de estancia, si con su trabajo y hombría de bien propenden a su felicidad, y a la de la provincia...”

...Art. 12. Los terrenos repartibles son todos aquéllos de emigrados, malos europeos y peores americanos que hasta la fecha no se hallan indultados por el jefe de la provincia para poseer sus antiguas propiedades”.

También promulgó un reglamento aduanero que gravaba con fuertes impuestos la importación de mercaderías extranjeras que compitieran con las artesanías y manufacturas locales y beneficiaba la compra de productos de naciones hermanas, como tabaco y yerba paraguayos.

Todas estas medidas le granjearon el odio de los grandes terratenientes y comerciantes orientales, quienes se terminaron aliando a sus antiguos enemigos porteños, dejándolo sólo a Artigas y aún intentando derrotarlo.

En este contexto, la invasión portuguesa (y

la complicidad del Directorio hegemonizado por los grandes terratenientes y comerciantes porteños) terminó con todo, desconoció el reparto de tierras y desalojó a los pobres que habían sido beneficiados con ellas. Artigas encontró exilio en el Paraguay del Dr. Francia.

Por una segunda y definitiva independencia latinoamericana

En síntesis nos resulta de la mayor importancia poner de relieve el grado de participación y protagonismo, en las luchas descritas, de las mayorías populares ya que cuando ellas adquirieron un rol protagónico porque fueron incorporadas en los programas y proyectos independentistas fue posible avanzar hacia logros sociales y económicos y cuando fueron derrotados o silenciados sus reclamos tuvimos por resultado la imposición de proyectos de nación oligárquicos y dependientes.

Desde ese momento una nueva dependencia empezaba a abrirse paso; fue una primera etapa de subordinación comercial (que duraría hasta fines de siglo XIX) que desembocaría en la dependencia propia de la época del imperialismo. Los intereses de los grandes terratenientes de asegurarse la demanda de las materias primas (que un campesinado sometido a diverso tipo de sujeciones feudales producía en las tierras por ellos apropiadas), por parte de las potencias europeas de la época en alianza con los intereses mercantiles asociados a ese comercio exterior, impusieron estructuras económicas primarizadas, en muchos casos de monocultivo (en el caso del Río de la Plata el exclusivismo ganadero para exportar cueros); con la consecuente degradación social que hoy vemos en todos los rincones latinoamericanos. Sin embargo, una y otra vez, desde la independencia hasta nuestros días, otros proyectos pugnaron por imponerse. En particular, fue muy común en el primer período de vida independiente de las nacientes naciones latinoamericanas la discusión respecto del tipo de desarrollo económico a impulsar. Todos los sectores patriotas se habían opuesto al monopolio comercial español y habían reclamado la libertad de comercio, pero algunos refutaban la concepción de confundir o igualar libertad de comercio con li-

brecambio y pugnaban por proyectos de desarrollo autónomo y diversificado de estas economías defendiendo para ello políticas proteccionistas. Debates similares se produjeron en torno a la participación popular en las decisiones en rechazo al despotismo militar y oligárquico que logró imponerse.

En definitiva, las revoluciones de independencia implicaron un salto cualitativo en la formación de las naciones latinoamericanas. Este hecho no debe ser menospreciado toda vez que en la nueva etapa de expansión imperialista las potencias se vieron obligadas a buscar nuevas formas de sometimiento por la vía de la dependencia porque tuvieron muy en cuenta el camino revolucionario que puso fin al colonialismo español. Camino de lucha popular que fue continuado en estos 200 años contra las nuevas incursiones coloniales.

Al mismo tiempo, las estructuras feudales y semi-feudales que se mantuvieron intactas durante casi todo el siglo XIX fueron una traba fundamental para lograr un desarrollo nacional independiente y sirvieron de base para las nuevas formas de opresión propias de la época del imperialismo.

Desde el punto de vista popular, sólo implicaron ciertos avances, aunque todos muy tardíos y luego de enormes luchas, como la abolición de la esclavitud, la eliminación del sistema de castas y de tributación indígena y de ciertas formas del trabajo forzoso más crueles como la mita.

Por lo tanto, también es fundamental resaltar que la realidad social en la que aún viven los pueblos originarios de nuestra América y enormes sectores populares (campesinos y obreros, indígenas, mestizos, mulatos, negros, blancos, etc.) demuestra hasta qué punto aquellas tareas de libertad, igualdad, reforma agraria y progreso social quedaron pendientes y requieren de una NUEVA INDEPENDENCIA.

Desde ya, esta situación actual proviene no sólo de aquello que no se resolvió positivamente en las revoluciones de independencia de inicios de siglo XIX, sino también de todos los sufrimientos populares propios de la época actual de dominación imperialista y de las clases dominantes

americanas a ella asociadas.

Reivindicaciones todas ellas que requieren nuevas revoluciones de todo el pueblo, con la hegemonía del proletariado, para acometer esas tareas pendientes y las nuevas hasta conquistar una definitiva liberación nacional y social. ///

¹ Lynch, John. Las revoluciones hispanoamericanas. 1808-1826. Ariel. Barcelona. 2008. P. 349.

² Romano, Ruggiero. Mecanismo y elementos del sistema económico colonial americano. Siglos XVI-XVIII. Fideicomiso Historia de las Américas. Fondo de Cultura Económica. México. 2004.

³ Galeano, E.: Las venas abiertas de América Latina. Siglo Veintiuno Editores, México. 1971. P. 151/152.

⁴ La intermediación era obligada dado el sistema de monopolio comercial que España había impuesto a sus colonias: América sólo podía comerciar con su metrópoli y a través de unos pocos puertos habilitados para tal fin. Estaba prohibido el comercio no sólo con otros Estados sino también entre las propias colonias españolas. Este mecanismo estaba destinado principalmente a asegurarse que las riquezas americanas (oro y plata principalmente) no se perdieran en el camino y a garantizarse el mercado para sus escasos productos.

⁵ Romero, Luis Alberto. "El desafío de ser nación". Revista La Nación. 2004.

⁶ La independencia se declara formalmente en 1816, ya que luego de la Revolución de Mayo de 1810 se mantuvo la llamada "máscara de Fernando VII" por la cual se planteaba que la Junta de Gobierno autónoma se mantendría fiel al Rey español. Esta "máscara" tuvo para algunos un sentido táctico, para ganar tiempo, pero con la plena convicción que la independencia real era el objetivo.

⁷ Los privilegios feudales de los ganaderos españoles que arrasaban con cultivos y otras producciones, explica por qué a la par que afluía el oro de América se empobrecía España.

⁸ Lynch, John. "Los orígenes de la independencia (1808-1826)". En Bethell, Leslie, (ed.). Historia de América Latina, tomo 5: "La Independencia". Cambridge University Press - Editorial Crítica, 2001.

⁹ Lewin, Boleslao. La insurrección de Tupac Amaru. Eudeba. 1987. P. 31.

¹⁰ Lewin, Boleslao. Op. Cit. P. 111.

¹¹ Los planes de Fernando VII eran iniciar su reconquista por el sur de

América y allí se dirigió la expedición al mando de Morillo. En pleno viaje las órdenes cambian: la derrota española en Montevideo por parte del pueblo oriental con Artigas a la cabeza, obliga al cambio de planes.

¹² El proceso revolucionario en esta región no será abordado en extenso en este artículo ya que es objeto de análisis en otros de esta misma revista.

¹³ La existencia de esta corriente revolucionaria de Mayo, en contraposición con la corriente finalmente hegemónica conservadora y aristocrática, está extensamente documentada y probada en la obra de Eduardo Azcuy Ameghino "Historia de Artigas y la independencia Argentina". Ediciones de la Banda Oriental. Montevideo. 1993.

¹⁴ Azcuy Ameghino, Eduardo. Op. Cit. P. 290.

¹⁵ Guerra Vilaboy, Sergio. El Paraguay del doctor Francia. Crítica & Utopía. N° 5, Buenos Aires, 1981.

¹⁶ Galeano, Eduardo. . P. 313.